

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

*El Amor por principio y el Orden por base;
el Progreso por fin.*

CARTA

AL SEÑOR

DON VALENTIN LETELIER

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE

Año 46° de la Religión de la Humanidad

1900

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

*El Amor por principio y el Orden por base;
el Progreso por fin.*

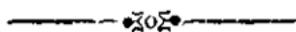
CARTA

AL SEÑOR

DON VALENTIN LETELIER

FOR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

Año 46º de la Religión de la Humanidad

1900

SANTIAGO DE CHILE
—
IMPRESA Y LIBRERIA ERCILLA

58—BANDERA—58

—
1900

Señor Don Valentín Letelier

Estimado amigo:

Su obra, *La Evolución de la Historia*, cuyos dos volúmenes ha tenido Ud. la atención de enviarme, representa mucha labor y está cargada de erudición, pero siento que no la vivifique el profundo espíritu orgánico del Positivismo. Le sucede á Ud., me parece, lo que á varios pensadores contemporáneos que por no haber seguido á Augusto Comte en su obra capital, el *Sistema de Política Positiva*, donde ha instituido la Religión de la Humanidad, andan fue-

ra del rumbo de la verdadera reorganización mental y moral. Si la teología era la ciencia de Dios, la sociología es la ciencia de la Humanidad. Pero la sociología explica y respeta á la teología que hubo de precederla. En tanto no viniera la noción definitiva de la Humanidad á guiar para siempre nuestro perfeccionamiento moral, correspondió ese oficio supremo á la noción transitoria de Dios, como antes, á los dioses, y al principio, á los fetiques.

Gracias al genio incomparable del más venerando de los maestros, poseemos, en verdad, la Religión Universal, puesto que el Positivismo reúne las condiciones de culto, dogma y régimen, adecuadas para producir la comunión indisoluble de todas las naciones. Y Augusto Comte dió cima á la sublime empresa bajo la inspiración bendita de su eterna compañera, dejándonos con su alto ejemplo el mejor tipo de la existencia normal, en que el hombre ha de

conducirse siempre santamente iluminado por la mujer. La verdadera Historia es, en el fondo, una serie de preparaciones del pleno estado religioso de nuestra especie. Así, fuimos primero fetiquistas, luego politeistas y después monoteistas, para ser en fin positivistas. Es ese un grandioso desenvolvimiento que, tornando al hombre cada vez más religioso, tiende á establecer la armonía universal bajo el sagrado imperio de la Humanidad. Del seno de este verdadero Ser Supremo brotaron las diversas concepciones sobrenaturales que nos dirigieron sucesiva y provisionalmente. Por eso al glorificarlas en el pasado, glorificamos á la propia Humanidad, que supo gobernarnos indirectamente por su medio, en tanto llegaba la época de hacerlo directamente ella misma. En adelante debemos pues referir y subordinar á la Humanidad, sin exclusión alguna, todos nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros

actos. He ahí la senda única de la moralidad definitiva.

Para dirigir religiosamente al mundo es hoy indispensable recurrir al Positivismo. Conservando ligada la moral al dogma teológico, á todas luces incompatible con el desarrollo actual del espíritu humano, no se consigue más que arrebatarse su eficacia respecto de la conducta pública y privada. Por consiguiente, la adhesión al dogma positivo se impone, sobre todo, en interés de la misma moral, que se desquiciaría irremediabilmente sin ese sostén. Como la virtud se predicó en nombre de los dioses, y cuando ellos perdieron su vitalidad social, en nombre de Dios, es preciso hacerlo ahora en nombre de la Humanidad, donde tiene su base indestructible. Y así la moral reviste además un carácter más puro y elevado que nunca. Es cierto que siempre se ha tendido a cumplir el deber bajo la inspiración del amor que es su verdadera

fuelle. Pero el teologismo, al sistematizar los principios de conducta, los sancionaba con la esperanza de las recompensas celestes y el temor de las penas infernales, dándoles de ese modo cierta índole egoísta. No procede así el Positivismo que cimenta altruístamente la moral en el amor exclusivo de la Humanidad, á tal punto que si se deseara sobrevivir por el imperecedero recuerdo, es sólo para hacer el bien aún después de muerto con el ejemplo de una noble existencia. La noción del deber ha dado pues el paso más transcendental. Su límite último está fijado, ¡Que alma generosa, que se sintiere arder en fuego sacro, podría rehuir por ninguna especie de preocupación teológica, el santo y glorioso yugo de la Humanidad que nos prescribe el triunfo creciente del altruismo sobre el egoísmo!

Si la pura ciencia no halló á la mujer dispuesta á cambiar por ella sus ideas sobrenaturales, es porque no sabía lle-

nar los bellos anhelos de su corazón. Pero como el Positivismo ha fundido la más alta ciencia con el más perfecto amor, la mujer está indudablemente llamada á convertirse á la nueva fe. Su demora en hacerlo no puede provenir sino de que aún no la conoce bien, tomándola tal vez por el seco é infecundo materialismo. Apenas el abnegado corazón de la mujer se ponga en contacto efectivo con el Positivismo, se encontrará ahí en su elemento más propio. El malhadado cisma actual entre las ideas de ambos sexos desaparecerá con la Religión de la Humanidad, que satisface plenamente tanto al afecto, como á la inteligencia y á la acción. La confusa muchedumbre de nociones con que se abruma ahora á los espíritus, será reemplazada por la verdadera ciencia, constituida, merced al Positivismo, en un todo orgánico, de manera que la matemática sustenta á la astronomía y ésta á la física, y ésta á la química, y ésta

á la biología, y ésta á la sociología, sobre la cual se levanta en fin la moral, que las corona y resume á todas, porque si es cierto que todas juntas forman su cimiento, ella, en cambio, las regla á todas, siendo la gran finalidad que las santifica. Tendremos pues así educación sólida y armoniosa, que nos hará amar, conocer y servir cada vez mejor á la Humanidad, centro soberano de nuestra existencia.

Es innegable que la juventud radical se halla poseída de una vehemente aspiración de progreso social, pero no es menos cierto que carece de principios orgánicos con que realizarla. Su vigoroso empuje se gasta por eso en combates estériles contra las viejas ideas que sólo pueden extirparse reemplazadas por una doctrina viva. Pero esa substitución no ha de hacerse en odio de lo antiguo, cuyos servicios deben serle, por el contrario, reconocidos, sino para cumplir mejor nuestros des-

tinios. Así lo prescribe el Positivismo donde ojalá que aprendiera la juventud radical á purificar, reglar y utilizar el ardoroso entusiasmo que la anima. Transformando entonces dignamente su enérgica actitud revolucionaria en más enérgica aún actitud religiosa, sabría concurrir con invencible aliento á la santa victoria altruista. En la excelsa marcha triunfal que debe hacer el Positivismo, determinando una convergencia cada vez mayor de los individuos las familias y las patrias hacia la Humanidad, se verá á los vencidos juntarse felices con los vencedores. ¡Cuán sublime es la fórmula sagrada que lo sintetiza y que brillará en sus gloriosos estandartes!—*El Amor por principio y el Orden por base; el Progreso por fin.*—No se dude que al fundar la Religión de la Humanidad, Augusto Comte ha iniciado en Paris, como Pontífice Supremo, el reinado universal del verdadero Espíritu Santo.

Hago votos porque Ud. llegue á desprenderse de los obstáculos que le impiden ver en el Positivismo la doctrina normal.

Salud y Fraternidad

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Avenida del Brasil, 36)

nacido, en Valparaíso, el 28 de enero de 1852.

Santiago, 12 de San Pablo de 46 ()*

(1.º de junio de 1900)

(*) Creemos obedecer al verdadero espíritu del Maestro al datar de la era normal y no de la gran crisis, porque el movimiento revolucionario se prolonga demasiado en perjuicio de la reorganización social y moral. Nos parece también que refiriéndonos á la fundación de nuestra doctrina, trataremos de servirla mejor. Por lo demás, el siglo excepcional debía terminar, según los votos de Augusto Comte, en 1889, y no hallamos prudente autorizar, por decirlo así, su deplorable alargamiento, conservando aun la data revolucionaria. ¡Ojalá se persuadieran todos los positivistas de que ya conviene recurrir á la era normal para vigorizar el movimiento religioso!